

civil, dando á los tres hombres negros una buena lección de oportunismo.

Es incalculable hasta dónde puede llegarse en ciertas comarcas en la caza al negocio fúnebre. Los diarios italianos revelaron el año pasado los odiosos escándalos ocurridos en los cementerios de Nápoles. Unos curas se habían confabulado para subir enormemente el precio de las ceremonias fúnebres, produciéndose hasta en los templos repugnantes escenas entre los curas competidores.

Pero eso es sólo con motivo de la muerte y de otras circunstancias correspondientes á las necesidades religiosas, ó la rutina mística del pueblo, donde el clero romano manifiesta su deseo de batir moneda. Muchos se dirigen á toda clase de negocios, algunos con éxito desgraciado. Sin fijarnos en las recientes desgracias de sor Cándida, la monja de las alhajas, negocio religioso clerical, ¡cuántos otros recuerdos acuden á la memoria!

Todo el mundo ha conocido curas agiotistas y muchos han sido víctimas de sus enredos. También ellos mismos han caído á veces en las mallas del negocio, no siempre por codicia, sino por torpeza. Hasta suele suceder que no siempre sean completamente codiciosos, pero el resultado no deja de ser un desastre. Menos mal cuando alguna rica devota ve desvanecerse sus rentas, á veces se evaporan en pura pérdida los ahorros de toda una región. Así ocurrió hace algunos años en una diócesis francesa, donde murió insolvente un cura que se había hecho el banquero ordinario de los pobres.

Lo peor es cuando el desenlace estalla de una manera trágica. Los periódicos anunciaban hace algunos meses el suicidio de un cura italiano, que se precipitó desde uno de los terrados superiores de la catedral de Milán, á causa del fracaso de varias obras emprendidas á la ligera y con torpeza administrativa.

Ese hecho y muchos otros semejantes han determinado al papa á lanzar la reciente pastoral prohibiendo á todos los eclesiásticos la aceptación ó con-

servación en los «bancos, institutos de crédito, cajas rurales ó cajas de ahorro», los cargos de «presidente, director, secretario ó tesorero».

Pío X, como siempre, pega fuerte; pero su nueva intervención—corregida por esta restricción clásica: «salvo permiso especial de la Santa Sede»—sólo conseguirá desorganizar un poco más la Iglesia, principalmente allí donde sea más acatada. En efecto, son muchos los patronatos y otras empresas clericales que viven y prosperan á condición de que toda la gestión administrativa se centraliza en manos de un director omnipotente, irresponsable y de una actividad sin límites y sin intervención alguna.

Pero todas las prohibiciones de un pontífice de horizontes limitados no cambiarán la mentalidad cien veces secular del clero romano. Siempre habrá conventos ávidos de enriquecerse por medio de piadosas industrias: si no pueden abrirse tiendas para la venta de objetos pueriles á precios exorbitantes, no faltará algún otro negocio.

Las prohibiciones pontificales no extinguirán el fausto de ciertos prelados en quienes la generosidad y la elevación de miras, por una especie de parentesco fatal, se confunden con el derroche económico. Siempre se verá en la Iglesia quien viva á lo príncipe, quien funde á fuerza de millones y de jugadas de Bolsa empresas frágiles y grandiosas á la par, que desaparecen luego dejando por herencia una administración derrochadora y una legión de imitadores que, faltos de genio y de buena fe, no pasan de vulgares estafadores.

Siempre se verá, á pesar de esas prohibiciones y hasta á la vista del papa austero, negociantes de hábito ó de sotana que ejercen su industria en plena corte vaticana, aunque sea vendiendo su influencia—á menos que trafiquen en reliquias—á quien diestramente muestre en su diestra pedigüña la propina correspondiente, ó, como dicen en la casa, á los que tienen «buena mano.»

ABEL SALLÉ